

Conocer la verdad significa no mezclar las esferas de conocimientos

artículo

Fernando Lorenzo Rego

Introducción

En Francia, en el pasado mes de julio, la Asamblea Nacional aprobó un polémico proyecto de ley que autoriza la investigación con embriones humanos. La polémica servida no ha concluido, a pesar de haber sido ya aprobado dicho proyecto de ley. Como suele suceder con estos temas, unos a favor, otros en contra.

Llama la atención el hecho de ser Francia una nación que firmó (4 de abril de 1997) y ratificó (13 de diciembre de 2011) el *Convenio relativo a los derechos humanos y la biomedicina*¹. Pero este mismo Convenio es quien deja una inmensa laguna, aparentemente contradictoria, en el campo de la experimentación con embriones humanos.

Dentro de la polémica suscitada, el 12 de julio pasado la revista *Le Figaro* publicó una apología de la experimentación con embriones humanos en voz del profesor René Frydman, que afirmaba: «Para mí, el embrión no es una persona humana»². Al día siguiente, y siempre dentro de este mismo marco temático, *Le Figaro* ofrecía una entrevista al filósofo Fabrice Hadjadj, del Instituto Europeo de Estudios Antropológicos, con sede en Friburgo, Suiza. Entresaco parte de la misma, que servirá para abordar el tema que nos ocupa.

L.F.: «Muchos afirman que “el embrión no es una persona”. ¿Qué piensa usted sobre esto?»

R.F.: Es curioso, no se busca jamás a un filósofo para practicar una reproducción asistida, pero no se duda en preguntar a un médico sobre cuestiones filosóficas.

«Quiero recordar que la noción de persona es una noción metafísica, de origen teológico in-

cluso, y que no la podemos emplear así como así sin ser más arribista y más vanidoso que “El burgués gentilhombre»³.

Planteamiento del problema

El presente extracto nos sitúa adecuadamente en el problema que traemos entre manos. La reducción al absurdo que ofrece el filósofo Fabrice Hadjadj es más que evidente: nadie va a consultar a un filósofo para realizar una reproducción asistida. Esto es evidente. ¿Por qué? Porque es claramente una invasión de la jurisdicción, el campo reservado a los expertos de la medicina.

Entonces, ¿por qué con tanta frecuencia los científicos se introducen en el campo de la filosofía sin establecer netamente el salto de frontera que están realizando? Aquí está el meollo de la cuestión.

Ha sido traído para arriba y para abajo el paradigmático tema del “caso Galileo”. Pocos acontecimientos en la historia de la humanidad, desde Jesucristo hasta nuestros días, han sido tan manipulados con objeto de señalar las limitaciones que en un momento dado los miembros de la Iglesia Católica podemos haber tenido. Muchos escritos proliferan sobre ello. La misma Iglesia, en la persona del Papa Juan Pablo II, estudió a fondo el problema para llegar a una conclusión (Más adelante mencionaré la Comisión Pontificia que se creó con este fin)⁴.

Si enfrentamos ambos acontecimientos – por un lado, los artículos de la revista *Le Figaro*, y por otro, el estudio del caso Galileo –, nos damos cuenta que se ha producido un cambio de posición. Si en 1616 el juicio de los te-



Medical Doctor
Executive Director
in Spain,
UNESCO Chair in
Bioethics and
Human Rights,
Roma

ólogos sobre las posiciones doctrinales de Galileo Galilei eran completamente invasivas del campo de conocimiento propio de la ciencia, es en el momento actual donde dicha invasión se está produciendo en el sentido inverso; es decir, la ciencia está irrumpiendo en el campo de la filosofía y de la teología.

Posible solución al problema

¿Cómo ayudar a solucionar este continuo ir y venir de argumentaciones? Vamos a tratar de ofrecer algún elemento, que no es novedoso, sino que busca remarcar lo que desde hace mucho tiempo ha constituido la posición más adecuada.

Para ello nos tenemos que preguntar:

- ¿La ciencia puede conocer la verdad?
- ¿La filosofía puede conocer la verdad?
- ¿Es la teología una ciencia de la verdad?

No pretendo en este trabajo abordar con detalle estas cuestiones. Casi las voy a dar por un hecho, señalando algunas de las limitaciones que considero más pertinentes. Lo que pretendo es mostrar cómo estos modos de conocimiento pueden entrelazarse, pueden combinarse.

El conocimiento científico: de la física a la biología

La ciencia, cuando se desarrolla de acuerdo a sus principios, es capaz de llegar, de conocer y, en su caso, de transformar el objeto de estudio. Prueba de ello es el avance tecnológico que se ha venido produciendo en los últimos años. Es verdad que ha habido un progreso notable en el avance de la ciencia. Al principio del siglo pasado los progresos fueron muy llamativos en el campo de la física, concretamente de la física cuántica; actualmente este desarrollo está siendo protagonizado con mucho mayor relieve en el campo de la biología. Cuando el hombre se ha planteado las preguntas que le han llevado a indagar en la naturaleza y en el funcionamiento del mundo que le rodea ha llegado a conocer y a transformar dicho mundo. El problema se ha suscitado cuando ha entrado en conflicto con ese otro modo de explicar la realidad circundante: el recurso al mito y a las creencias.

La ciencia también necesita de las creencias

Precisamente este conflicto entre ciencia y mitos es el que ha ido generando una controversia que llega hasta nuestros días. Pero considero que es un falso conflicto. Me explico. Cuando el hombre, en el progresivo conocimiento de sí mismo y del mundo que le rodea, buscó una explicación a los fenómenos que le fueron maravillando, no le quedó más remedio en un inicio que recurrir a cierto tipo de explicación que podía considerar en ese momento. Cuando el desarrollo de conocimientos más sencillos pudo ofrecerle, a modo de peldaño, una capacidad de explicación más racional de los mismos fenómenos, es cuando pudo ir formulando hipótesis (más tarde teorías) que sirvieran de explicación sin necesidad de recurrir a los mitos.

Sin embargo, esto no es una condición necesaria de lucha contra ellos. En el momento actual en que hemos alcanzado un nivel tecnológico considerable, todos los días tenemos que recurrir a las creencias en otras personas. Es decir, no es posible para el hombre actual vivir sin recurrir a la fe y las creencias en lo que otras personas han realizado. En otras palabras, es imposible para cualquier habitante de este mundo tener que comprobar diaria y continuamente todas las teorías. De ahí se deduce que hay una perfecta convivencia entre el progreso científico y la necesidad de recurrir a ciertas creencias, en sentido amplio.

El conocimiento teológico

Por otro lado, el conocimiento teológico no puede ser puesto en duda. Lógicamente siempre que hablemos en un contexto de aceptación de la fe. Es Dios quien se revela al hombre. Es el hombre quien descubre a Dios que se le revela. Por ello, es un conocimiento real aunque no sea sencillo de descubrir. No pretendo entrar a desarrollar las consideraciones necesarias para fundamentar esto, puesto que escaparían al alcance de este trabajo. Tengo que darlas por aceptadas.

¿Y qué decir del conocimiento filosófico? Voy a tratar de exponer sucintamente la validez del conocimiento filosófico. ¿En qué me baso? El progreso científico al que he aludido anteriormente es indiscutible, aunque se puede argumentar si éste está favoreciendo u obstaculizando el progreso humano. Existe un progreso científico. Es necesario partir de esta aceptación para poder considerar el valor del conocimiento filosófico.

El hombre no sólo tiene la capacidad de conocer verdades particulares, que sería el caso propio del conocimiento científico: la práctica, lo útil de la vida de cada día. El hombre tiene la capacidad de pasar de lo meramente contingente a lo infinito. Escribe el Papa Juan Pablo II: «Existe, pues, un camino que el hombre, si quiere, puede recorrer, y que se inicia con la capacidad de la razón de levantarse más allá de lo contingente para ir hacia lo infinito. De diferentes modos y en diversos tiempos el hombre ha demostrado que sabe expresar este deseo íntimo. La literatura, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura y cualquier otro fruto de su inteligencia creadora se convierten en cauces a través de los cuales puede manifestar su afán de búsqueda. La filosofía ha asumido de manera peculiar este movimiento y ha expresado, con sus medios y según sus propias modalidades científicas, este deseo universal del hombre» (n. 25)⁵.

Las manifestaciones a las que se refiere el Papa Juan Pablo II las encontramos desde los orígenes de la humanidad. Es más, la arqueología antropológica llega a considerar como humanos a los vestigios que puede encontrar en algún sedimento en la Tierra cuando aparecen vinculados a manifestaciones culturales como pintura, escultura o ritos de algún tipo, sobre todo religiosos (aunque no sólo ellos). Podemos decir que es inherente al hombre esta capacidad de trascender la vida de cada día, de dejar una huella para la posteridad. Desde los orígenes de la humanidad, el hombre fue siendo capaz de ir dominando la naturaleza para su servicio, aunque fuera de un modo muy incipiente: no

sólo lo podía hacer, y muy importante, sino que sabía que lo podía hacer, era consciente del conocimiento que tenía. ¿Por qué? Porque las manifestaciones de trascendencia suponen la intención de dejar un legado a los que vendrían detrás de él.

Recopilando, vemos que el hombre puede transformar su medio ambiente, lo que dará lugar al conocimiento científico. Además, es consciente de ese conocimiento y esa capacidad de hacerlo; manifestación de ese conocimiento filosófico. Por último, en aquellos que han recibido el don de la fe, poseen una visión mucho más elevada y más rica de la trascendencia del hombre, mediante el conocimiento teológico. Tenemos un grupo de verdades que se centran en la realidad tal como es, totalmente realista, sin considerar quién es la persona que está conociéndola. Al mismo tiempo, existen otras verdades – que llamamos verdades lógicas – que tienen que ver con la adecuación de nuestros enunciados con esa realidad. Estos niveles de conocimiento o diversas formas de verdad, son mencionadas por el papa Juan Pablo II en el documento antes citado, en el número 30: «En este momento puede ser útil hacer una rápida referencia a estas diversas formas de verdad. Las más numerosas son las que se apoyan sobre evidencias inmediatas o confirmadas experimentalmente. Éste es el orden de verdad propio de la vida diaria y de la investigación científica. En otro nivel se encuentran las verdades de carácter filosófico, a las que el hombre llega mediante la capacidad especulativa de su intelecto. En fin están las verdades religiosas, que en cierta medida hunden sus raíces también en la filosofía. Éstas están contenidas en las respuestas que las diversas religiones ofrecen en sus tradiciones a las cuestiones últimas»⁶.

Cuando un nivel de conocimiento se impone sobre otro

Entonces surgió el problema cuando el conocimiento de una determinada realidad (sea el conocimiento científico, sea el conocimiento teológico) se mostraba preponderante y trataba de eliminar o sojuzgar al otro. En el caso mencionado anteriormente de Galileo,

la hipótesis científica que presentó fue puesta en duda. La sospecha que se produjo obedecía a una doble vertiente. Por una parte, la teoría heliocéntrica era aparentemente contradictoria con lo que todos observaban todos los días: era el Sol quien se desplazaba por el firmamento. Por otra, más importante, esta teoría contradecía algunos pasajes de la Biblia. Como relata el padre Mariano Artigas, en 1616 se pidió un dictamen a una Comisión de 11 teólogos, «quienes calificaron las tesis astronómicas de Galileo como filosóficamente absurdas y formalmente heréticas»⁷. Este dictamen nunca formó parte del Magisterio de la Iglesia; pero tampoco fue cuestionado ni en ese momento ni en el posterior juicio al que fue sometido Galileo dieciséis años más tarde, en 1632.

Ha sido recientemente cuando el Papa Juan Pablo II estableció una Comisión Pontificia de Estudio del Caso Galileo (1981 - 1992) que revisó todo el proceso que tuvo lugar contra el toscano. Sin querer entrar en el análisis detallado de dicha Comisión, se puede presentar como resultado que la argumentación de Galileo no era suficiente y que la comisión teológica invadió esferas propias de la ciencia con argumentos teológicos no muy bien fundados. Unos como otros buscaban la verdad y ambos cometieron errores.

Ahora bien, ¿qué sucede en nuestros días? El fenómeno que nos encontramos es justamente lo contrario. Alrededor de dos siglos llevamos arrastrando un prejuicio casi absoluto contra todo lo que no sea comprobable por la ciencia, al menos en el mundo occidental. Sólo es válido lo que se puede comprobar y palpar, parecería ser el lema de la sociedad actual. Todos los fenómenos sociales se quieren reducir a las leyes de la física y/o de la biología, por más rebuscados que sean los procedimientos que se sigan. ¿Ya no nos preguntamos por los límites de la ciencia, ya no somos capaces de descubrir el ámbito ético

donde se desarrollan las relaciones humanas, queremos reducir todo el comportamiento humano a una explicación matemática o, al menos, de carácter material? Por lo que vemos y constatamos diariamente podríamos afirmar que para muchas personas, efectivamente, ya no importa otro nivel de conocimiento. Menos mal que la inmensa mayoría de la sociedad no es así; de cualquier modo, no es despreciable la posición de las personas que piensan de esta manera.

Aproximándonos a una solución

¿Cómo compaginar entonces dos realidades que aparentemente están tan opuestas: conocimiento científico y conocimiento religioso? Y, antes de esto, ¿es posible conectarlo de algún modo? La respuesta la voy a presentar después de dos consideraciones autorizadas

de la misma Iglesia Católica. Lo quiero hacer así porque la tan traída y llevada condena a Galileo (mejor o peor comprendida) fue impuesta por la misma Iglesia.

La primera consideración la tomo del discurso que el Papa Juan Pablo II pronunció ante la Unesco el 2 junio

1980⁸. Allí, ante los representantes de todas las naciones, defendía la «vinculación fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma»⁹. Venía a decir que el Evangelio es un creador de cultura, está completamente vinculado al hombre. Por ello, no se puede prescindir de este aspecto de la aportación del Evangelio a la auténtica aspiración trascendental del hombre. Y lo defiende a pesar de las opiniones opuestas que haya habido o existan en la actualidad.

Para la segunda consideración me baso en el Mensaje que Su Santidad Benedicto XVI envió a los participantes en un coloquio organizado con ocasión del XXV aniversario de la visita del Papa Juan Pablo II a dicha institución internacional¹⁰. En sus palabras, Bene-

*Surgió el problema
cuando el conocimiento
de una determinada realidad
se mostraba preponderante
y trataba de eliminar
o sojuzgar al otro*

dicto XVI venía a reforzar la labor central del hombre como constructor de la paz; por ello, cualquier preocupación por el hombre, por el respeto de sus derechos, por el auténtico progreso del mismo, es una contribución a la paz. Paz necesaria para ese desarrollo inscrito en el mismo hombre. Solamente la verdad construye, únicamente en la interrelación entre los diversos niveles de conocimiento, «diversas formas de verdad», obtendremos el adecuado progreso del hombre de acuerdo al Evangelio.

De acuerdo con lo anterior, no podemos separar el conocimiento filosófico del teológico, aunque haya que distinguir claramente los ámbitos. Pero uno necesita del otro. Por otro lado, el conocimiento científico requiere del conocimiento filosófico para poder reflexionar sobre él mismo, para conocer sus límites, sus posibilidades, para encontrar un adecuado fundamento y una correcta orientación ética. Por tanto, el conocimiento filosófico, la filosofía, actuaría como un puente que conectaría dos riberas: la ciencia y la fe. Existen en el mundo de la química unas sustancias, denominadas emulgentes, que por su carácter anfílico pueden unir sustancias que de por sí son imposibles de mezclar (por ejemplo, el agua y el aceite). La filosofía, si se me permite utilizar este símil, actuaría como un auténtico emulgente de los conocimientos científico y teológico. ¿Qué resulta de esta combinación? Una construcción mucho más rica que la simple independencia de cada uno de dichos conocimientos. La articulación de los tres ofrece una mayor profundización en la realidad del hombre, de su destino trascendental, es su realidad humana, su doble dimensión material y espiritual.

Conclusión

La sociedad actual, sobre todo en el mundo occidental, viene sufriendo una serie de transformaciones profundas y amplias. Los medios de comunicación actúan como agentes indiscutibles en dichas transformaciones. Diariamente podemos constatar en ellos una más o menos encarnizada lucha entre la ciencia y las creencias, en el mundo científico y

los fenómenos religiosos, basados o no en religiones concretas. Esta continua batalla atrae a muchos actores; unos, enarbolando más o menos fanáticamente una enseña, otros, como garantes y sembradores de paz.

La propuesta es tratar de sentarse en la mesa de la negociación, del diálogo, del intercambio y enriquecimiento mutuos. Las batallas no sirven sino para desgastarnos más. Cada nivel de conocimiento deberá definirse claramente, como condición para un diálogo más fecundo, más personalizado: siendo conscientes de la propia identidad seremos capaces de enriquecer el mutuo conocimiento apoyados en los demás. Es decir, la autorreflexión, la auto-crítica en cada uno de los niveles de conocimiento permitirá un intercambio más rico, más constructivo. En este sentido la filosofía cobra un valor insustituible para servir no sólo de árbitro, sino de interlocutor necesario que aporte la base de un entendimiento entre posturas que durante siglos se han mantenido distantes y en oposición. Tomando pie del lema de la Cátedra Unesco en Bioética y Derechos Humanos de Roma, «fomentando el arte de la convergencia y de la cooperación» entre los diferentes niveles del conocimiento¹¹.

NOTE

¹ CONSEJO DE EUROPA, Oficina de Tratados, *Francia: Tratados firmados y ratificados o que fueron objeto de una adhesión a partir del 13/10/2013*. Disponible en web: <http://conventions.coe.int/Treaty/Commun/Liste-Traites.asp?PO=Fra&MA=999&SI=2&CM=3&CL=ENG> (fecha de acceso: 13 de octubre de 2013).

² R. FRYDMAN, «L'embryon n'est pas une personne», *Le Figaro*, 11 de julio de 2013, actualizado el 12 de julio de 2013. Disponible desde Internet en: <http://www.lefigaro.fr/mon-figaro/2013/07/11/10001-20130711ARTFIG00528-pr-rene-frydman-l-embryon-n-est-pas-une-personne.php> (fecha de acceso: el 12 de octubre de 2013).

³ F. HADJADJ, «L'embryon dont il est question est humain», *Le Figaro*, 15 de julio de 2013, actualizado el 16 de julio de 2013. Disponible desde Internet en: <http://www.lefigaro.fr/mon-figaro/2013/07/15/10001-20130715ARTFIG00425-fabrice-hadjadj-l-embryon-dont-il-est-question-est-humain.php>, (fecha de acceso: el 12 de octubre de 2013). *Le Figaro*. Actualizado el 9 de octubre de 2013. El filósofo Fabrice Hadjadj y sus preguntas incómodas sobre el embrión: «¿No es acaso humano?».

Disponible desde Internet en: <http://www.religionenlibertad.com/articulo.asp?idarticulo=31569>, (fecha de acceso: el 12 de octubre de 2013).

⁴ M. ARTIGAS, M. SÁNCHEZ DE TOCA, *Galileo y el Vaticano. Historia de la Comisión Pontificia de Estudio del Caso Galileo (1981 -1992)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2008.

⁵ JUAN PABLO II, *La fe y la razón. Carta Encíclica Fides et ratio, sobre las relaciones entre fe y razón*, EDIBESA, Madrid 2002.

⁶ *Ibid.*, 47.

⁷ M. ARTIGAS, *Ciencia, Razón y Fe*, Libros MC, Madrid, 3a, mayo 1986.

⁸ Al presentar el extracto en el cual me quiero fijar, deseo apuntar que para muchos católicos resulta extraño que la Santa Sede esté representada ante el organismo de la Unesco. Consideran muchos de ellos que todo lo que tiene que ver con la ONU (la Unesco es la oficina de la Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura) está contaminado de elementos contrarios a la fe y no debemos vincularnos con dichos organismos. Sin embargo, el Papa ofrece las razones de dicha presencia en el organismo internacional.

⁹ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura – UNESCO*, 2 de junio de 1980, París. Disponible en Internet:

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1980/june/documents/hf_jp-ii_spe_19800602_unesco_sp.html (fecha de acceso: el 15 de octubre de 2013). «Sin embargo, al hablar del *puesto de la Iglesia* y de la Sede Apostólica ante vuestra Organización, no pienso solamente en todas las obras de la cultura en las que, a lo largo de los dos úl-

timos milenios, se expresaba el hombre que había aceptado a Cristo y al Evangelio, ni en las instituciones de diversa índole que nacieron de la misma inspiración en el campo de la educación, de la instrucción, de la beneficencia, de la asistencia social, y en tantos otros. Pienso sobre todo, señoras y señores, en la vinculación fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma. Este vínculo es efectivamente creador de cultura en su fundamento mismo. Para crear la cultura hay que considerar íntegramente, y hasta sus últimas consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como sujeto portador de la trascendencia de la persona. Hay que afirmar al hombre por él mismo, y no por ningún otro motivo o razón: únicamente por él mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre en razón de la particular dignidad que posee. El conjunto de las afirmaciones que se refieren al hombre pertenece a la sustancia misma del mensaje de Cristo y de la misión de la Iglesia, a pesar de todo lo que los espíritus críticos hayan podido declarar sobre este punto, y a pesar de todo lo que hayan podido hacer las diversas corrientes opuestas a la religión en general, y al cristianismo en particular» (n. 10).

¹⁰ BENEDICTO XVI, «Mensaje del Papa Benedicto XVI con ocasión de un coloquio en el XXV aniversario de la visita de Juan Pablo II a la Unesco», *L'Osservatore Romano*, Edición semanal en lengua española, n. 23, 5. Disponible en Internet: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2005/documents/hf_ben-xvi_let_20050524_card-tauran_sp.html (fecha de acceso: el 16 de octubre de 2013).

¹¹ *UNESCO Chair in Bioethics and Human Rights*, Rome, Italy.